

en las vanidades de aquí abajo, y preguntadles qué respuesta debéis dar á esta pregunta.

49. No se puede vender ni comprar pan, ni traficar con él. No se puede atesorar riquezas con el pan, porque su precio está fuera de los límites de la razón humana. Sólo en ciertos casos, limitadísimos por supuesto, debe darse por nada, por ejemplo: á los hospitales, asilos de huérfanos, á los presos, á los países arruinados por una mala cosecha, á las personas desprovistas de toda clase de recursos á consecuencia de un incendio, á las viudas, á los huérfanos, á los inválidos, á los viejos y á los que carecen de domicilio.

50. El mundo ignora este mandamiento, como hemos visto más atrás y después veremos más ade-

lante. Hubiera podido colocársele entre las virtudes de menor cuantía, y hacer así de la cabeza la cola; pero ni siquiera se le ha otorgado este honor.

La naturaleza misma empeña al labrador á cultivar el bien de los bienes, es decir, el pan.

Pero si no contento con advertir que es el bien por excelencia, pudiese penetrar los profundos misterios de la naturaleza, entonces se realizaría todo lo que ha sido expuesto en el anterior artículo. No se pedirían unos á otros «Dame pan», sino que se diría «Toma de mi pan»; y no creo que hubiera hombre en el mundo á quien le gustase comer el pan recogido y preparado por otro.

Pero ¿qué hacer ahora? Has hecho desaparecer este mandamiento, como se hunde una piedra en los



abismos del mar; de suerte que ni siquiera existe ya su nombre, y su recuerdo se ha raído de la haz de la tierra. Pero Dios juzga entre nosotros y vosotros.

51. Estas son las objeciones que me ha hecho un ricachón:

—¿Cómo puedes afirmar que está prohibido comprar y vender el pan, traficar y hacer fortuna con el pan? Aparte de lo que nos cuentan los historiadores, vemos en la Sagrada Escritura que en otros tiempos se compraba y vendía el pan, traficándose con él, y á pesar de eso no se pecaba ante Dios. Tú sostienes, además, que no puede cambiarse el pan por dinero y que es absolutamente preciso trabajar con nuestras manos: esto es un absurdo evidente. Abraham, Isaac, Jacob y otros patriarcas del linaje humano eran ricos

y tenían bajo su dominio hombres y mujeres esclavos. De esto debe inferirse que no trabajaron ellos mismos, sino que comieron el pan producido por los trabajos ajenos; y, sin embargo, no por eso fueron culpables ante Dios.

52. Y lo que aún prueba con más fuerza lo falso de tus asertos es que los dos grandes legisladores, Moisés y Jesucristo, no han hablado nada de este mandamiento. Cuando Moisés escribió «Amasa tu pan con el sudor de tu frente», con estas palabras quiso dar á entender todas nuestras ocupaciones. Tal debe ser el sentido de estas palabras, si se considera que Moisés mismo vivió durante cuarenta años en la corte del rey de Egipto, Faraón, sin trabajar. Durante los cuarenta años que siguieron hizo pastar las ovejas



de Jethro, su suegro, en el país de Madián (1), pero no trabajó en el pan. Durante otros cuarenta años fué jefe de los Israelitas en el desierto, sin trabajar. De modo, que nunca trabajó. Sin embargo, Dios lo ha recibido, amado y puesto por encima de todos los demás profetas; pero, según tú, Moisés era un parásito.

53. Lo mismo respecto á Jesucristo. El es el verdadero Dios, el creador del cielo y de la tierra, y nadie más que El juzgó á Adán en el Paraíso. Pero en lugar de decir «Amasa tu pan con el sudor de tu frente», dice en el Evangelio: «Considera los pájaros del cielo; no siembran, ni siegan, ni entrojan trigo

(1) «Moisés apacentaba el rebaño de Jethro, su suegro, sacrificador de Madián.» *Exodo*, III, 1.

en los hórreos; pero Dios los alimenta.»

¿No se vé, en verdad, según estas palabras, que el trabajo del pan no conduce por sí á la salvación, y que ni aun para esta misma vida tiene ninguna utilidad? En una palabra, es el trabajo más inútil y Dios lo ha impuesto á las gentes ociosas.

54. Aún más: nómbreme un labrador á quien Dios haya admitido en el cielo por su trabajo. Se ignora si los profetas eran ricos, pero tampoco se sabe si eran pobres. Mas como sus libros han sido aprobados, de eso debe inferirse que eran ricos; porque el libro de un hombre pobre no será aprobado, cualquiera que sea su utilidad.

De esto da testimonio Sirach, hombre inspirado por Dios, cuando dice: «Ha dicho el rico un absurdo;



y todo el mundo se calla, y pónense por las nubes sus palabras. Pero habla razonadamente el pobre; y, lejos de aprobarlo, se le pregunta quién es (1).»

Si; Jesucristo llamó á los pobres «sus hermanos», pero no quería sino animarlos, por temor á que fuesen presa de la desesperación. Lo prueba así, que El mismo entró siempre en las casas de los ricos y nunca en las de los pobres.

(1) «Si el rico ha sido engañado, asístenle muchos; si habla con insolencia (si descubre lo que debe ser sagrado), le justifican.

»Pero si el pobre ha sido engañado (el pobre está caído), aún se le hacen cargos; si habla con cordura, no se le quiere escuchar.

»Que hable el rico: todos se callan y ponen sus palabras por los cielos.

»Que hable el pobre, y dicen: ¿Quién es éste? (le echan en cara su pobreza y le obligan á callarse). Y si da un paso en falso, se le hace caer del todo.» *El Eclesiástico*, XIII, 26 y siguientes.

55. Mi adversario continúa y dice:

—Cuando Noé vino al mundo, su padre Lemeck exclamó: «Este nos aliviará de nuestra labor y del penoso trabajo de nuestras manos, en la tierra maldita por el Eterno.» (*Génesis*, v, 29.)

Y he aquí cómo nos redimió de ese trabajo maldito; pero á vosotros los labradores no os redimió, porque estáis malditos, mientras que nosotros no lo estamos; y puede esperarse que Dios no nos privará de su gracia porque nuestra clase os haya pisoteado. ¿Es esto pecar á los ojos de Dios? No, puesto que Dios ha admitido que así fuese.

56. También se dice en la Escritura:

«Serás maldito en la ciudad, serás maldito en los campos;



» El fruto de tu vientre será maldito, y el fruto de tu tierra, la cria de tus vacas y las ovejas de tu rebaño;

» Serás maldito al entrar, serás maldito al salir;

» El Eterno enviará sobre ti la maldición, el espanto y la ruina, en todas las cosas donde pongas la mano y que hagas, hasta que seas destruido y perezcas prontamente, á causa de la perversidad de los actos con que me habrás abandonado.» (*Deuteronomio*, xxviii, 16-20).

El adjetivo *maldito* significa *desdichado*. — Pregunto, exclama el ricacho: ¿á quién se aplican estas palabras, al rico ó al pobre? Ciertamente que al pobre, me dice. — ¿Ya ves, Bondareff, cuántos anatemas ha lanzado Dios contra el pobre labrador, contra todos sus bienes,

contra el fruto mismo de sus entrañas y contra toda su generación futura?

Estas son las leyes en que se funda la sociedad de los grandes.

57. ¿Digo la verdad? — me preguntó. — Sí — le contesté.

¿Debía contradecirle? No, sería inútil. ¿Podían hacerle mella mis argumentos?

Me contenté con pensar en mis adentros: — ¡Miente V., señor! Ni V. tiene tanto ingenio como se lo imagina, ni yo soy tan tonto como V. se figura. En lo uno y en lo otro se equivoca V. en grande.

Hay muchas personas distinguidas que no tendrán horror á mi pobreza; ellas juzgarán equitativamente entre V. y yo.

58. Atiende — dijo el ricacho: — si un hombre de vuestra clase inferior



adquiriese alguna instrucción, descubriría cómo y con qué ocupación pudiera dispensarse de ese trabajo.

Así, pues, si todos fueseis instruídos, no trabajaríais más y nos imitaríais.

—¿Pero qué comeríamos entonces?—le pregunté.

—Todos viviríamos como nos lo indica el mandamiento de Cristo. « Considera los pájaros del cielo, no siembran, ni siegan, ni entrojan trigo en los hórreos; pero Dios los alimenta. »

Esto fué lo que me respondió.

Todos esos argumentos son opuestos en absoluto al mandamiento primitivo, lo mismo que á nuestra ley natural.

Pregunto al ricachón:—¿Cuál es la ley más inquebrantable? ¿La ley teológica escrita por un hombre en

el papel, ó la ley natural escrita por Dios mismo en nuestra alma? Ciertamente que no pueden refutarse ni la una ni la otra; pero prefiero la segunda, la ley natural, y confío que tú también serás de mi parecer, lector.

59. Pues bien, Bondareff; sabe que si presentas todas tus proposiciones al gobierno y pones á su lado las mías, mis argumentos son los que se aprobarán, se tendrán por verdaderos y se elogiarán, mientras que los tuyos serán refutados.

60. ¡Ya ves, lector, cómo he obrado con una lealtad irrazonable! Hubiera debido ocultar estas objeciones que contradicen por completo mis argumentos. Pero no he querido alterar la verdad: primero porque he declarado mi edad, y segundo porque no es lícito hablar de esa grande obra sagrada, que se llama



el trabajo del pan, y enturbiar al mismo tiempo la verdad, disfrazándola con torpe adulación.

Pero, en cambio, si encuentras en mis respuestas algún rasgo cáustico que te parezca insoportable, aprieta los dientes y nada digas; te lo suplico, no me busques querella.

¡De tal manera has estado en tu vida acostumbrado á escuchar á los aduladores, que mi franqueza te podrá parecer intolerable!

61. Volvamos ahora á nuestra cuestión. ¡Cuántos millares de *puds* (1) de trigo ó de grano, cuántos *rublos* nos roban cada año en impuestos y otros gravámenes (2)!

(1) El *pud* es una medida que equivale á unos diez y seis y medio kilogramos.

(2) Los impuestos no nos los cobran á nosotros, sino á las minas y á las fábricas, pero los fabricantes elevan el precio de las merca-

Aparte de esos ingresos, los señores, los *pomestchiks*, el gremio de mercaderes y todos los ricos poseen innumerables millones. Pero no se da el dinero por nada, y es preciso ganarlo con nuestros brazos de carne y hueso, según el mandamiento ya citado, y no con la lengua ó con la pluma.

62. Vuestra manera de vivir es para nosotros la más cruel de las ofensas y una vergüenza para vosotros. Sé que eres cien veces más inteligente y más instruido que yo,

derías y nos hacen pagar así el importe de sus contribuciones. Y, os pregunto: ¿cuáles son las manos que han trabajado para ganar ese dinero? En verdad, que son las nuestras. Pero, ¿en qué manos cae ese dinero?

—En vuestras manos blancas, para sostener vuestro lujo.

En una palabra, el mundo entero está en vuestras manos.—(N. DEL A.)



y por eso me quitas mi dinero y mi pan. Pero puesto que eres inteligente, debes tener piedad de mí que soy débil. Fué dicho: «Ama á tu prójimo como á ti mismo.» Y yo soy tu prójimo, y tú el mío.

¿Por qué somos pobres y groseros? Porque comemos el pan de nuestro trabajo y nos alimentamos á nosotros mismos. ¿Tenemos tiempo de estudiar y de instruirnos? El pan y la inteligencia, todo nos lo habéis robado con astucia ó por violencia, todo os lo habéis apropiado criminalmente.

Así es, lector, quieras ó no quieras. No es culpa mía si la verdad es tan amarga.

63. El furor de la necesidad te induce á pedir á Dios la salubridad del aire y la abundancia de los frutos de la tierra; está bien. Pero ¿á

qué manos debes esa abundancia? ¿Quién debe labrar la tierra? ¿Eres tú, ó es otro?

—Pero ¿es posible que sea yo, que tengo las manos blancas?—me responderás. En verdad, á vosotros los labradores os corresponde hacer ese trabajo. ¡Yo preferiría morir de hambre, antes que recoger una brizna de paja ó un grano de trigo!

64. Antes de comer, debéis pedir la bendición, no de Dios, sino de nosotros los labradores; y, después de comer, dar gracias, no á Dios, sino á nosotros.

Si Dios os enviase el maná del cielo como á los israelitas en el desierto, entonces deberíais darle gracias; pero puesto que de nuestras manos recibís el maná, á nosotros debéis dar gracias, porque nosotros



os alimentamos, como se alimenta á los niños y á los inválidos.

65. Cuando hube escrito todos los artículos precedentes, muchos labradores me dijeron: «Todo lo que haces es inútil. ¿Crees poder inducir al ricachón á dedicarse al trabajo del pan? Si acudiesen á él todos los profetas y los sabios, no los escucharía. Si el mismo Dios gritase á sus oídos, con la trompeta del Juicio final: «Vas á morir y te presentarás ante mí para ser juzgado, y tu desobediencia á mi mandamiento te valdrá una condenación irremisible;» aun entonces permanecería inflexible el ricacho, porque prefiere la riqueza á todas las cosas divinas. Y el trabajo del pan es á sus ojos más horrible que el tormento. Pero tú, ¿quién eres tú? ¿No eres más que el polvo que huellan

los ricos, y quieres forzarlos á trabajar, expresando tus convicciones!»

66. Sé—les respondí—que eso es enteramente imposible.

Pero puede suceder que aprueben nuestros argumentos, puesto que están sacados de las principales leyes divinas, y quizá los den á conocer á todos los labradores. Por esta sola acción, obtendrán de Dios grandes recompensas. En efecto, como gentes acosadas por el hambre y por la sed, bien pronto se apresurarán los hombres á desempeñar este trabajo. Sólo después se entregarán á todas las demás ocupaciones, porque todas dependen del trabajo del pan. Entonces, la noche más oscura se trocará para ellos en el día más resplandeciente, y todo les parecerá fácil. Este es el



motivo por qué, en medio de los cuidados y apuros de mi vida, he emprendido esta obra.

67. Y además, la clase superior verá nuestro mérito, en el que nunca ha reparado y del cual no ha oído hablar jamás. Se sentirá culpable lo mismo para con Dios que para con los hombres; no contará ya tanto con nosotros; ya no nos oprimirá, como lo hace ahora. En efecto, nos compran á mitad de precio y nos venden dos veces más caro. Esto es lo que acontece lejos de las ciudades y de los centros comerciales, en las campiñas pobres donde hay un rico; no hay allí ninguna otra persona á quien vender, ni á quien comprar. A cada bocado de pan, se preguntarán á despecho suyo: ¿Cuáles son las manos que han preparado el pan que comemos?

¡Y la conciencia! El dinero no podrá defenderlos contra ella; les obligará, á pesar suyo, á hacerse mejores para quienes los alimentan. He aquí el motivo que me ha impulsado á emprender esta obra.

68. Y aun cuando este mandamiento no se grabase sino muy superficialmente en vuestra alma, ¡oh vosotros, gentes de la clase instruída! no por eso dejaríais de emplear todas vuestras fuerzas en no comer más que el pan de vuestros trabajos, y razonaríais así:

—Entre las pobres gentes, los labradores, no sólo sufren los fuertes para recolectar el pan, sino que también tienen que trabajar las mujeres próximas á parir. Así es que la criatura que aún está dentro del vientre de su madre, sufre ya por el pan que aún no ha probado.



Los recién nacidos, en la cuna, sufren el viento y los insectos, y todo su cuerpo se tuesta al sol. Los niños de siete años trabajan también, en la medida de sus fuerzas.

Los viejos de setenta años, que no se pueden agachar, tienen que ponerse de rodillas para segar. Todavía sucede así muchas veces, aun ahora; pero antes, en la época de la esclavitud, era peor. Todas esas familias viven en la tierra y mueren por ella, según el precepto: «Polvo eres y en polvo te convertirás.» En una palabra: entre ellos no hay parásitos. ¡Recapacitad un poco en todo esto, hombres instruidos!

69. Pero entre nosotros—diréis entonces—un hombre de treinta años, con excelente salud, permanece toda la vida, incluso en verano, con las manos metidas en los

bolsillos, silboteando, en espera de que los pobres mártires le pongan el pan entre los dientes.

—Entre nosotros los labradores, por el contrario, no sólo en verano sino aun también en pleno invierno, nuestras camisas están muy á menudo empapadas en sudor.

En toda la cristiandad, el primero y más importante de los sacramentos es el bautismo. Pero, os pregunto: ¿qué lava mejor los pecados? ¿El agua del bautismo ó el sudor que corre de nuestra frente, durante toda nuestra vida consagrada al trabajo del pan?

He aquí un proverbio citado á menudo entre quienes os rodean: «El capote del *mujik* es gris, pero el diablo no le ha comido el seso.» Este proverbio no es exacto, porque sé con toda certidumbre que nunca



lograré ninguna respuesta á mis preguntas, y no obstante sigo interrogando siempre. Por consiguiente, ya se ve que *el diablo me ha comido el seso* (1). Es verdad que con lo estrecho de nuestro cacumen no podemos penetrar los secretos de la marcha que Dios hace llevar al mundo; pero debemos creer, en cuanto es posible, que habéis sido lavados una vez por el agua del bautismo cuando nacisteis, pero que de entonces acá ningún trabajo os ha bañado en sudor.

En cuanto á mí, no he sido lavado por el agua del bautismo; por eso, toda la vida tengo que bañarme en mi sudor. Y, sin embargo, ¿quién de los dos está más limpio,

---

(1) En otros términos: «me consideran como un imbécil».

tú que estás bautizado, ó yo que no lo estoy?

¿Veis ahora lo que puede la falsedad? A cada palabra, á cada paso, os obliga á encorvaros á despecho vuestro ante mí, que soy un hombre débil. Quizá es posible que triunféis de mí; que es cierto sólo por vuestro poderío, al cual no puedo resistirme. Pero destruir estas proposiciones, demostrando que son falsas, ¿eso no lo podréis jamás!

Hemos estado callados ante vosotros seis mil ochocientos ochenta y cuatro años (1). Y cádate que hemos pronunciado palabras que nunca habiais oído, ni aun en sueños. No me hago ilusiones acerca de vosotros, pero cuento con vuestra conciencia. Espero que vendrá en mi ayuda.

---

(1) Este artículo fué escrito en 1884.



70. Hay en el mundo muchas invenciones que suspenden el ánimo. Para producir un objeto, por mínima que sea su importancia, se han inventado máquinas. Un trabajo que requería muchos obreros, se hace hoy con una máquina mucho mejor que con la mano del hombre.

Pero el trabajo del pan está todavía en el punto donde, desde tiempo inmemorial, lo han encontrado los campesinos.

71. Le sería fácil á un inventor decir estas sencillas palabras: «Haz esto, ó haz aquello», y hombres y bestias quedarían exentos de esa penosa labor.

¡No! No quiere aproximarse á ese trabajo que aborrece, ni á las gentes que lo ejecutan. No tiene compasión de los pobres mártires,

me refiero á los labradores, ni tampoco le dan lástima los mismos animales; al paso que se pone varias veces al día á comer pan, ó más bien la sangre y las lágrimas de los pobres y de las bestias.

¡He ahí, alta sociedad, cómo nos ofendes y cómo desobedeces al mismo tiempo el mandamiento y á Dios que lo ha prescrito!

¿No se ve claro en tu conducta el odio que tienes á Dios y á tu prójimo? Pues bien, ¿qué tienes que responder? No puedes justificarte ante el *mujik*, y no tienes ninguna excusa que presentar.

72. He aquí otros hechos que prueban que todo lo rebajáis y lo pisoteáis. Cuando alguien hace un pequeño descubrimiento, acuñáis en su honor una medalla con esta inscripción: «Honor al trabajo y á



las artes.» ¿Ha sucedido jamás darse una recompensa por el trabajo y el arte del pan? No. Pero si alguien obtuviese una, serían los propietarios que siembran mil yugadas de tierra con manos ajenas, y que no se aproximan á ese trabajo vergonzoso, ni á las gentes que lo practican. ¡Ved quiénes han recibido y recibirán siempre recompensas!

73. ¿Qué pasa entre los pobres?

El marido y la mujer no sólo tienen que alimentarse á sí propios, sino también alimentar á diez hijos y á sus ancianos padres, además. Por último, os venden una parte de su pan; ó, por mejor decir, os lo dan.

Pues bien; aunque hayan sido muchos millones de individuos en cada siglo, ¿hay alguno de ellos que haya recibido una recompensa cual-

quiera? ¡Jamás! Pero, ¿qué digo? lejos de obtener una recompensa se les ha puesto el nombre de *mujik* que significa «bruto».

¡Esto os debe bastar, campesinos!

Se ve, pues, que no hay peor trabajo en el mundo que el trabajo del pan; y esto por parte de la sociedad. ¿No tenía yo razón poco ha para deciros que no amáis á Dios, ni al prójimo, sino tan sólo á vosotros mismos?

—Repugna ver que por cualquiera fruslería el millonario ha recibido muchas medallas, y se pasea con las manos en los bolsillos como quien dice: «¡Miradme!»

Pero ¿cuál es su mérito, si se compara con el nuestro? No son más que cenizas, que el viento dispersa.

¿Qué le hemos de hacer? «¡Dios



está en el cielo, y el Tzar está muy lejos!» Pero, si puedo, inscribiré todos mis motivos de queja en una Memoria que yo mismo presentaré al Tzar; y después de haberlo ganado todo ó perdido todo, no nos quedará más que vivir ó morir. He tomado el buen camino. Continuaré, pues, siguiéndolo hasta mi muerte, pues no tengo ningún interés en engañarme á mí mismo. Tengo un pie en la tierra y otro en la sepultura; y mis años ya son más de sesenta.

74. Cuando leen mis escritos á un labrador que no sabe el abecé, ¡qué bien los comprende! ¡Cuán hondamente penetran mis palabras en su alma! ¡Cómo me da las gracias por haberle descubierto la ley de la salvación! ¡Cómo promete al punto trabajar más y más!

Pero, por el contrario, quien huye del trabajo es como un perro que muerde la piedra que le tiran. Critica todas estas reflexiones y me odia, á mí que las he escrito. Por último, me amenaza con futuros males.

¿Por qué hay, pues, tal diferencia entre esos dos hombres? Porque entre el labrador y sus superiores hay tal distancia, que nunca podrán tener iguales opiniones.

Pero, ¿qué ha querido Dios hacer de mí?

Nos ha dado la ley, es decir, el trabajo del pan. Este trabajo no es difícil, sino fácil y útil; no es largo, sino corto y sencillísimo de comprender.

¿Cómo no hemos de estarle reconocidos por ello?

Pero ¿qué ha sucedido en el